

LUIS PÁSARA

LA ILUSIÓN DE UN PAÍS DISTINTO

CAMBIAR EL PERÚ: DE UNA GENERACIÓN A OTRA

José ALVARADO JESÚS Diana ÁVILA

Capítulo 32

Alberto DE BELAUNDE Salvador DEL
SOLAR Fernando EGUREN Alberto
GONZALES Álvaro HENZLER Max
HERNÁNDEZ Indira HUILCA Natalia
IGUIÑIZ Jimena LEDGARD Vania MASÍAS
Farid MATUK Jaime MONTOYA UGARTE
Abelardo OQUENDO Cecilia OVIEDO
Tania PARIONA Fernando ROSPIGLIOSI
Gerardo SARAVIA Cecilia TOVAR
SAMANEZ Paloma VALDEAVELLANO
Victoria VILLANUEVA Joseph ZÁRATE

BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERÚ
Centro Bibliográfico Nacional

985.004 I La ilusión de un país distinto: cambiar el Perú: de una generación a otra / [testimonios, Abelardo Oquendo, José Alvarado Jesús, Héctor Béjar ... et al.]; Luis Pásara, [entrevistas].-- 1a ed.-
- Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2017 (Lima: Tarea Asociación Gráfica Educativa).
396 p.; 24 cm.

Incluye referencias bibliográficas.
D.L. 2017-07453
ISBN 978-612-317-274-9

1. Realidad peruana - Siglo XXI 2. Intelectuales - Perú - Entrevistas 3. Celebridades - Perú - Entrevistas 4. Problemas sociales - Perú 5. Participación política - Perú 6. Perú - Política y gobierno - Siglo XXI 7. Perú - Condiciones sociales - Siglo XXI 8. Perú - Condiciones económicas - Siglo XXI I. Oquendo, Abelardo, 1930- II. Alvarado Jesús, José III. Béjar Rivera, Héctor, 1935- IV. Pásara, Luis, 1944- V. Pontificia Universidad Católica del Perú

BNP: 2017-1864

La ilusión de un país distinto
Cambiar el Perú: de una generación a otra
© Luis Pásara, 2017

© Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial, 2017
Av. Universitaria 1801, Lima 32, Perú
feditor@pucp.edu.pe
www.fondoeditorial.pucp.edu.pe

Diseño, diagramación, corrección de estilo
y cuidado de la edición: Fondo Editorial PUCP

Primera edición: junio de 2017
Tiraje: 1000 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores.

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2017-07453
ISBN: 978-612-317-274-9
Registro del Proyecto Editorial: 31501361700693

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa
Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

INDIRA HUILCA

«HAY QUE EMPEZAR A RECONSTRUIR TEJIDO, LAZOS Y RECREAR LA FORMA DE HACER POLÍTICA. PARA QUIENES ESTAMOS EN LA IZQUIERDA Y QUEREMOS UNA IZQUIERDA NUEVA, FUERTE, CONVOCANTE, EL PRINCIPAL RETO ES CÓMO RECREAMOS LA POLÍTICA».

Soy de una familia de izquierda. Mis papás son gente de izquierda, mi abuelo también fue una persona ligada a la política, a la izquierda, al sindicalismo. En mi casa siempre hemos tenido la idea de que las cosas y la situación general del país pueden cambiarse. Eso es algo que siempre ha sido parte de nuestro cotidiano. Sin que eso signifique automáticamente tener cercanía a la militancia o a la política de forma activa. Fue algo que me acompañó mientras fui creciendo y facilitó que no tuviera algún prejuicio fuerte contra la política, como puede que lo tenga mucha gente de mi edad. La idea de que el país puede cambiarse, como algo que es posible, vino de ahí y entonces pude imaginar que sí es posible la transformación de esta sociedad, que la acción de las personas puede acelerarla o no.

¿Y de dónde empiezo a tener una idea de que tengo un rol y de que eso me acercaba a la política? Pienso que del tiempo en el que me tocó vivir. Crecí en los años noventa, me hice adolescente a finales del siglo, con lo que significó la caída del fujimorismo. Entré a la universidad en 2005, cuando ya estaba instalado el gobierno de Toledo, que fue el primer gobierno democrático elegido por la gente, después de la dictadura. En ese momento había una sensación de que, a pesar de que la democracia se había recuperado, las cosas no estaban mejorando del todo.

Con 16 años entré a la Universidad de San Marcos, que era una universidad con una tradición de mucha politización, pero la verdad es que lo que yo vi ahí no era eso. Mucho era el mito de cuán política era la universidad, pero no había espacios para que la gente se organizara. Yo veía una dispersión muy grande y, en mucha gente, un ánimo antipolítico. Estaba en la Facultad de Ciencias Sociales, así que al inicio había imaginado otra cosa. Vi que el sector político del cual conocía más, que era la izquierda, estaba absolutamente debilitado, destruido. Si eras joven en ese tiempo

y, aunque sea por curiosidad, te animabas a saber qué existía en términos de oferta política; la realidad es que no había nada o había muy poco. Los grupos políticos en ese tiempo eran pequeños grupos de amigos o espacios muy endogámicos. Eso me generó una interrogante: qué pasa en el Perú con los partidos políticos en general, pero en particular con la izquierda, que era lo que más conocía. Eso me hizo empezar a preguntarme qué se puede hacer.

Empecé a hacer política no tanto en los espacios propiamente políticos, los partidos o grupos que en ese tiempo existían, sino en otros espacios colectivos. En la universidad me vinculé a la movida feminista, que en ese tiempo era muy intensa, pero muy focalizada, en grupos de la universidad y en grupos culturales. Ese es el primer espacio en el cual me vinculo para hacer política. Y me gustó mucho porque era una manera que buscaba refrescar el quehacer político desde la idea de que los grupos políticos se habían quedado estancados, no sabían llegar a la gente y no tenían un lenguaje apropiado para ser más convocantes. Fue muy importante también porque vinculé el quehacer político con algo que a mí siempre me había hecho mucho ruido, desde que era adolescente: la situación de las mujeres en general en nuestro país.

No entré a la universidad pensando «quiero ser política». Pero mi idea de San Marcos era diferente, por la imagen que tiene. Ya había pasado el tiempo de la intervención y había autoridades que habían intentado reflotarla, pero eran años de depresión política, de mucha indiferencia política. En la facultad me tocó un momento bien interesante porque había buenos profesores que habían regresado después de la intervención y habían intentado recuperarla; tenía buenos profesores y una unidad de posgrado muy interesante. Me vinculé al espacio feminista por profesoras de la Unidad de Posgrado, que fueron muy inspiradoras no solamente para la formación académica sino también para el activismo. A mucha gente nos impulsaba eso. Había todavía rezagos de cierto, no sé si marxismo, pero una versión de la izquierda muy chata, muy economicista, que ninguneaba o ponía de lado otras agendas, como la agenda de las mujeres.

Hasta el año 2009 ese era el espacio desde el cual hacía política. Después de varios años de activismo en el movimiento feminista me vinculé al espacio propiamente de izquierda. Ese año entré en lo que es ahora Tierra y Libertad, con mucha gente con la cual ya venía haciendo activismo, vinculándonos a otros «movimientos» y gente que venía del proceso del movimiento estudiantil de fines de los años noventa. Con la idea de constituir algo mucho más estable, confluimos muchos de los que nos conocíamos en esa época en San Marcos. Contactamos a gente de Cajamarca, de la lucha ambiental, territorial. Allí estaba el conflicto del cerro Quilish y había el antecedente de Tambogrande y la consulta ciudadana que se hizo. Teníamos la idea de articular un movimiento de nivel nacional, con luchas urbanas, estudiantiles, con gente

que tenía reivindicaciones en las regiones y con gente que venía de procesos políticos, de otras militancias. Se fue generando la idea de hacer un nuevo partido. Nos pareció una necesidad que la izquierda tuviera una organización propia.

Hablo del año 2009, cuando el horizonte no era «Vamos a hacer una organización y vamos a construir en un mediano plazo» sino que todo estaba muy mediado por la dinámica electoral en relación con la figura de Ollanta Humala, que en ese momento era la opción para el progresismo y la izquierda. Nosotros decidimos sumarnos a Tierra y Libertad, construirlo en realidad, porque en ese tiempo recién empezaba el proceso de convocatoria. Y todo fue muy acelerado. Teníamos la idea de empezar a construir un partido nuevo desde una crítica muy fuerte a lo que había sido la izquierda tradicional, machista y con una mirada estrecha de lo que son las reivindicaciones principales de la sociedad.

Nos comprometimos mucho en lo de Tierra y Libertad. Yo me metí con todo. En ese tiempo se dio la posibilidad de que las izquierdas presentasen una candidatura a la Municipalidad de Lima, que fue la de Susana Villarán. Tierra y Libertad también participó, a pesar de que éramos un grupo bastante nuevo, el más nuevo en ese momento y el que tenía una agenda más radical. Pero nos comprometimos en el proceso de unidad. Postulé en la lista de regidores, sin mucha expectativa porque estaba en la segunda mitad de la lista, pero era la manera de comprometernos como partido en esa campaña.

El camino inverso, pasar de la militancia política al feminismo, ocurrió con compañeras, mujeres de generaciones anteriores, porque antes los referentes para hacer política eran los grupos políticos que existían. A partir de eso, coincidían con otras compañeras que tenían una preocupación por o vinculación con el feminismo. Cuando, después de un tiempo se cansaban, pasaban al feminismo. El momento es diferente en mi caso. Los grupos políticos no tenían una perspectiva; no había un debate estratégico sobre qué correspondía en un momento como ese, habiendo terminado la dictadura, estando en un primer gobierno democrático. El debate era sobre el reemplazo de Izquierda Unida, pero no había una perspectiva hacia adelante. Por eso me pareció importante empezar a articular a la gente que ya venía haciendo cosas y venía encontrándose en diversos espacios restringidos, muy pequeños, para articular algo más grande. Para mí, esa primera oportunidad, fue aportar en la construcción de Tierra y Libertad.

Participamos en las elecciones, luego de un debate sobre si había que priorizar la construcción de la organización y fortalecerla antes que introducirlas en un proceso electoral. Finalmente, después de las elecciones municipales de Lima, se planteó la posibilidad no solo de mantener una alianza electoral o una articulación electoral para Lima, sino de ampliarla al nivel nacional. Un conjunto de compañeros

renunciamos a Tierra y Libertad porque nos parecía que se estaba forzando algo que no era la tarea principal para un momento como ese, en el que muchas de las fuerzas incipientes que teníamos debían abocarse a hacer una buena gestión en Lima. Salí, con mucha pena y volví al activismo feminista, con más fuerza, ya no solamente en un colectivo feminista, sino que nos nucleamos en un colectivo político y estuvimos en esa tarea de formación, sobre todo.

«TENEMOS UNA SOCIEDAD MUY
FRAGMENTADA, QUE SE HA
DISTANCIADO MUCHO DE LA DINÁMICA
POLÍTICA TRADICIONAL Y DE
BUSCAR ORGANIZARSE, DE LA
IDEA DE AGRUPARSE O ASOCIARSE
PARA GENERAR ALGÚN TIPO
DE CAMBIO O REIVINDICACIÓN.
ESTO ES ALGO QUE YA NO EXISTE».

Cuando estaba en la universidad teníamos un trabajo de formación, una especie de círculo de estudio, espacios de autoconciencia que para empezar eran círculos de lectura. Invitábamos también a gente que no se asumía como feminista, pero que tenía alguna presencia en la lucha de las mujeres o tenía alguna relación con la creación, en la academia, en el arte o la cultura. Les decíamos: «Lo que tú haces aporta mucho a la discusión sobre el rol de las mujeres a la sociedad y nos gustaría contar contigo». Hacíamos círculos de lectura, que eran muy grandes, ochenta personas; era como una bolita de nieve que se iba haciendo cada vez más grande. La mayoría de las que estábamos en ese espacio éramos de San Marcos y en esa dinámica conocimos a mujeres que estaban en colectivos en otras universidades, como la Universidad Católica, en Bellas Artes. Con las que se animaron con más fuerza, formamos un colectivo feminista que se llamó La Mestiza, que editó un par de revistas y desarrolló iniciativas político-culturales en barrios, ligado a lo que era el Festival Internacional de Teatro de Calle, en Comas y otros barrios.

¿Cuáles han sido para mí las dificultades más fuertes, los obstáculos más fuertes? Una primera cosa es que, a diferencia de los años ochenta —el momento en que la izquierda fue más fuerte—, tenemos una sociedad muy fragmentada, que se ha distanciado mucho de la dinámica política tradicional y de militar en los partidos

políticos, de buscar organizarse, de la idea de agruparse o asociarse para generar algún tipo de cambio o reivindicación. Esto es algo que ya no existe; hay que entender que la militancia no puede ser la misma que entonces, cuando había una militancia más entregada, casi de misionero, en que dabas tu tiempo, tu vida, tus energías y te abocabas a eso, casi totalmente. Eso no es algo que existe ahora. Lo he asumido.

Hablo de Lima, que es el espacio donde hago política. Hay gente que sobrevive, que se busca el día a día. Incluso en las universidades —que es donde puedes empezar a generar un mínimo de discusión política—, es gente que se la tiene que buscar, que trabaja ocho o diez horas y el tiempo que le queda para hacer política es un tiempo que consideran residual. No es que el trabajo político va a ser una prioridad.

No ha habido un proceso de formación, de encadenamiento con formas de acción política anteriores. Hay un aprendizaje que no se ha transmitido. Entonces, te encuentras con gente joven que tiene mucha voluntad de participar en algo, porque hay un asunto que le inquieta, incomoda o motiva para hacer política, pero no tienen un *expertise* acerca de qué hacer primero: si organizarse, si la reunión... Esta distancia entre las generaciones actuales y las anteriores hace que se note esa brecha en cosas que tal vez parezcan insignificantes, pero son, al fin de cuentas, muy importantes. Por ejemplo, gente de más de 50 o 60 años puede aguantar una asamblea de más de cuatro horas, pero gente joven, no. Son aspectos importantes que tienen que ver con la forma de comunicarse, con la forma de organizarse, de vincularse, que tienen que recrearse totalmente.

En mi experiencia personal he tenido la ventaja de tener cercanas a algunas figuras, incluido mi propio padre. Era gente que tenía un rol muy importante en la izquierda, en los movimientos sociales. Con alguna de esa gente tuve una relación cercana, pero al mismo tiempo distante. Cercana porque podía saber de ellos con mayor facilidad. Para un joven o una joven de estos tiempos no le dice mucho lo que haya pasado en los años setenta u ochenta. Si es muy curioso o muy interesado en saber algo de historia, lo sabrá, pero no es el caso de la mayoría. Tuve esa ventaja. La distancia está en que no se ha generado un mínimo de continuidad de esa historia. Hay un gran hueco en los años noventa, que se ve hasta en la presencia de la gente en los espacios de encuentro y de actividad política. En el Frente Amplio confluye mucha gente que viene de procesos anteriores y se nota claramente la presencia de gente de cincuenta años para arriba, y luego una gran legión de gente de algo más de veinte años; en el medio no tienes nada. No ha habido un recambio, una continuidad.

La continuidad es sumamente importante, porque no solamente permite generar la transmisión de aprendizaje sino la sensación de que la historia no empieza contigo; por eso, la relación con los mayores puede darse con tensiones, pero son tensiones dentro de una misma lógica. En cambio, en nuestra situación la relación de mucha

gente con los mayores o es de simple desconocimiento —si existió, a mí no me genera nada— o de mucha fricción. La distancia y la relación con los mayores ha sido más problemática que otra cosa. Porque en la izquierda los mayores eran «la izquierda» y, al menos hasta hace unos años, eso era una dificultad más que una posibilidad. Ha costado mucho que empiece a surgir otro conjunto de personas que intenten dar algunos pasos hacia adelante para proponer la existencia de otro proyecto político y de un camino con un horizonte de mediano y de largo plazo.

«QUIENES ESTAMOS EN **POLÍTICA** TENEMOS
UNA **UTOPIÍA**; SI NO FUERA ASÍ NO TENDRÍAMOS
SUFICIENTE **FUERZA** PARA **MOVERNOS**
Y **MOVILIZAR**. LA UTOPIÍA SE HA
TRANSFORMADO; NO PUEDE PLANTEARSE
EN TÉRMINOS **ABSOLUTAMENTE**
UNIVERSALES... ME PARECE QUE
AHORA ES ALGO MUCHO MÁS **DIFUSO**».

Estamos en el proceso de asumir una responsabilidad un poco más grande, desde los espacios políticos que estamos impulsando. Nos está costando mucho ver que sí hay un conjunto de gente entusiasmada, probablemente ilusionada con los nuevos espacios que han surgido, con los nuevos referentes, pero que cuesta involucrarla en una dinámica permanente de acción política. Cuesta empezar a tener un aprendizaje compartido de lo que es hacer política juntos, superando impases que pueden ser positivos hasta cierto punto —como las redes sociales—, pero que son insuficientes. Ese es un obstáculo grande para hacer política hoy. La manera como se concibe la militancia y las prácticas mismas para militar tienen que ser distintas, completamente distintas.

El mundo está cambiando. La elección de Trump en Estados Unidos es algo que hace un tiempo no hubiéramos imaginado. El asunto es quiénes inciden, quiénes tienen un rol para que el mundo cambie. No hay un actor que vaya a ser preponderante, como antes. No es la Guerra Fría, no es el proletariado mundial, organizado para cambiar el mundo. Son cambios notables que no son llevados a cabo o impulsados por un solo actor social. Ahí la emergencia de movimientos como el de mujeres o los movimientos por la reivindicación de los migrantes, son importantes, son claves. No podemos hablar de que haya articulación de ellos. Es un momento muy peculiar, muy flexible y también muy incierto.

Sí tengo una utopía. Me resistía un poco a usar esa palabra, pero creo que todos quienes estamos en política tenemos una utopía, porque si no fuera así no tendríamos suficiente fuerza para gobernar y movilizar. En la política la utopía es uno de los motores para la movilización. La utopía se ha transformado; no puede plantearse en términos absolutamente universales. Hubo un tiempo en el que sí; me parece que ahora es algo mucho más difuso. Creo que es posible cambiar el estado de las cosas, mejorarlo, hacerlo más justo. Pero también creo que esa utopía, esa mirada a un horizonte utópico está muy permeada por la diversidad: tiene que considerar las marcadas diferencias de realidades, de contextos, de culturas. Con eso tenemos que lidiar quienes hemos pasado de una utopía más dura a una que todavía está en construcción.

Entonces, uno de los elementos de esta utopía es una fuerte apuesta por reivindicar la diversidad, para que pueda resultar beneficiosa, que pueda ser un pilar para la construcción de una sociedad más justa. Es difícil, suena súper complicado, pero creo que es uno de los ejes fundamentales. La vuelta de la sociedad bajo la idea de la diversidad es una idea, para mí, muy potente y es una de las cosas que me moviliza; quisiera que sea uno de los ejes principales del proyecto que estamos construyendo con otros compañeros y compañeras.

También creo que hay que recuperar la idea de protagonismo social. Durante el tiempo que a mí me tocó vivir, mientras crecía, fue una idea que se fue perdiendo, que se disolvió en la lógica de la preocupación individual y la idea del emprendedor, esta lógica más individualista. Se puede retomar la idea fuerte del protagonismo de la sociedad, de lo colectivo; es algo fuerte que recuperar, combinado con la lógica de la diversidad, que también es muy potente.

Tengo algunos referentes cercanos; son los que elegí. Uno fue mi papá, no necesariamente porque fuera mi papá sino porque es alguien en quien reconozco cualidades que no vi ni veo en algunos otros líderes de la izquierda: la proclividad al diálogo y la posibilidad de encuentro con quienes piensan diferente. Este es un valor que nos ha costado mucho —y todavía nos cuesta mucho— aprender: escuchar al que piensa distinto a ti y no hacerle casi un juicio y tener la voluntad de expectorarlo del espacio político en el que estás. Eso es algo bien fuerte. Tenemos una izquierda que fue muy ideológica, muy ideologizada, que tenía una tendencia muy clara a marcar una línea divisoria con el del costado. Eso es algo que también pasa factura.

No creo en los caudillos ni en esta cosa medio mesiánica que se genera alrededor de ciertas figuras, pero sí me parece que los referentes son importantes, gentes de carne y hueso que puedes presentar como evidencia de que es posible combinar la vida política con un desarrollo de la vida personal también satisfactorio. Esos son los referentes, para mí. Gente como Saúl Cantoral, María Elena Moyano, líderes sociales, más que políticos y que jugaron un rol político, pero en otro nivel, tal vez menos visible.

Me doy cuenta de su relevancia porque me he reencontrado con mucha gente que viene de esa época y en la cual permanece su recuerdo. Han dejado un legado muy fuerte; es muy difícil hacer que se olvide. Me parece que ese legado nos ayuda a generar la continuidad, las ganas de seguir apostando por el cambio, por la transformación.

«EN LA TEORÍA SOCIOLÓGICA
CLÁSICA, POR EJEMPLO, SI ME DAN
A ELEGIR ENTRE LOS CLÁSICOS,
DIRÍA QUE ME INTERESABA
MÁS WEBER QUE DURKHEIM
O MARX.»

Soy de Sociología en San Marcos y tuvimos una formación interdisciplinaria: sociología, mucha historia y mucha antropología. La literatura que más me ha marcado ha sido la de mi formación en la facultad. He leído y me interesan mucho los textos clásicos dentro de la izquierda, del marxismo; me parecen importantes y es necesario discutir sus tesis, pero me he sentido formada por otro tipo de autores. En la teoría sociológica clásica, por ejemplo, si me dan a elegir entre los clásicos, diría que me interesaba más Weber que Durkheim o Marx. La teoría feminista me impactó bastante; sobre todo, las historiadoras feministas me ayudaron a comprender cómo se intersectan ciertas lógicas de poder en la sociedad. Me parecen fundamentales filósofos como Richard Rorty y gente que ha escrito en las últimas décadas, como Zygmunt Bauman, Bruno Latour. Creo que es otra perspectiva del conocimiento y de la sociedad, que me aparta de esa actitud frente a la política de creer que estás enunciando lo que tiene que suceder en la sociedad, desde una posición correcta. Eso me parece muy distante de lo que quiero hacer.

Creo que hay que empezar a reconstruir tejido, lazos y recrear la forma de hacer política. Para quienes estamos en la izquierda y queremos una izquierda nueva, fuerte, convocante, el principal reto está en cómo recreamos la política. No podemos usar cantidades ingentes de dinero para atraer militantes o jóvenes, distraerlos y ofrecerles un puesto de trabajo. No va a ocurrir y no es lo que queremos. Pero no vamos a poder ofrecer —como antes se hacía— esta especie de horizonte de misionero, de alguien que va a tomar sus cosas e irse al monte. Eso no es lo que queremos. Lo que queremos es que la gente se reencontre con su espacio inmediato y que, a partir de eso, empiece a generar lazos, a provocar reflexión, empiece a politizar su entorno más cotidiano. Esa es la principal tarea a la que me abocaría.

Esa tarea se traduce en varias cosas. La primera consiste en tareas de índole organizativa. Organizar es una de las cosas más duras, porque requiere más constancia, cierta habilidad, cierta flexibilidad. Nos está costando mucho: no venimos de una formación disciplinada o metódica, como existía antes, que se necesita para muchas tareas importantes. En segundo lugar, esa tarea pasa por la necesidad de discutir sobre la visión de país que queremos; esto es generar reflexión y comunicar de formas diferentes. A la izquierda siempre se le ha señalado que comunica muy mal, que tenemos una disposición a escribir sábanas cuando queremos pronunciarnos sobre un tema. En tercer lugar, se requiere abrir una perspectiva sobre la diversidad; hay mucho conservadurismo dentro de la izquierda. Hace falta mirar al del costado y mirarlo como alguien que es un compañero de ruta. Hay mucho machismo en la izquierda. Para posibilitar la transformación de la comunidad falta entender cuál es el rol de las mujeres, comprender a la comunidad LGTBI, combatir la discriminación y el racismo.

Nos hemos vuelto una sociedad bastante egoísta, bastante indiferente. Hace mucha falta la creación de esos lazos, de esos vínculos, y esa es una tarea de la izquierda, que se traduce en muchas cosas muy concretas. Si queremos realmente constituirnos en un espacio con una presencia significativa, esos objetivos tienen que estar muy presentes en cada cosa que hagamos.

Construir un partido es parte de una tarea mayor. Solo tener un partido no va a garantizar una transformación, un cambio, en términos de una mayoría ciudadana que pueda respaldar lo que podamos plantear. Hemos tenido años de ver cómo en el sentido común de las personas se ha asentado todo lo contrario de lo que planteamos. Por más que haya un malestar muy grande en la sociedad peruana y una necesidad de cambio que hace que en el momento clave de las elecciones se termine apostando por proyectos que aparentemente plantean un cambio, todavía hay mucha resistencia al cambio; hay mucho miedo. Nada de las cosas que podamos plantear desde un partido va a tener una posibilidad de triunfo, ni va a funcionar, si no empezamos a romper esa resistencia al cambio y a la idea misma de la política. Si no recuperamos la idea misma del quehacer político como algo colectivo, como algo que no es que simplemente te beneficie a ti en términos personales, en términos económicos, nos vamos a chocar. Podemos tener el partido más fuerte, con miles de militantes, pero termina teniendo una dinámica hacia adentro y no hacia la sociedad.

Lo político no puede ser solamente estar en un partido político o asumir la responsabilidad de un cargo de representación o responsabilidad pública. En el Frente Amplio, no es que partamos del espacio político para ver qué está haciendo la sociedad. Al contrario, es la sociedad la que alimenta la posibilidad de tener un proyecto político. Gente como yo, que veía con mucha resistencia los partidos que había en su momento, dijo: «Lo que hay que hacer es empezar a organizarnos y generar

un partido político o un espacio político, más allá de las etiquetas y de los nombres, que sea capaz de convocar y no alejar a la gente». Sin eso no hay una capacidad de interlocución en una sociedad que está cada vez más fragmentada.

El tema del Estado depende de los procesos. Habrá quien desde su experiencia organizativa, de activismo o de acción política sienta —y tal vez lo mantenga como una idea fuerza— que el Estado, finalmente, genera más problemas que cambios. Pero también habrá algunos que en su momento se darán cuenta que si esa situación no se transforma, el cambio va a estar siempre limitado y cerrado a la posibilidad de mayores alcances. Estamos tratando de que mucha de esa gente que tiene un conjunto de iniciativas y hace cosas, pero no se siente política —y ve con mucha distancia a la política y todo lo que significa—, pueda encontrar un espacio que le dé confianza para aportar y que eso luego pueda traducirse en un cambio de nivel institucional. Nuestra tarea es abrir la posibilidad de que estas iniciativas, estas personas, estas colectividades sientan que es posible generar cambios de nivel institucional. Para mí, ese es el rol de un espacio político-partidario como el que queremos construir: que sea un vehículo para mucha gente, para muchas demandas ciudadanas, para muchas iniciativas, para gente que está creando cosas, que está proponiendo y que no se siente en confianza para hacerlo en uno de los espacios políticos ya constituidos.

Los partidos políticos nos estamos moviendo en espacios limitados, entre gente que está interesada en escuchar algún tipo de propuesta. Y, sin embargo, aún no llegamos a todos ellos. Falta reconocer qué espacios existen y están aportando, a veces, con una distancia total de cualquier tipo de organización política. Falta que los espacios políticos, los partidos, empiecen a moverse y a descentralizarse para tener comunicación y diálogo con ese tipo de instancias.

Creo que hay auditorio y hay disposición a escuchar. Al mismo tiempo, hay que ajustar algunas tuercas en la forma, en los lenguajes. Una se da cuenta de lo limitado que es el tipo de comunicación de quienes ya estamos en política y hablamos con otra gente que hace política o está en el activismo. Y de cómo hay prioridades en términos de problemas, cómo hay temas que son más sensibles en diferentes regiones y territorios de nuestro país. Sí hay disposición, sí hay voluntad de escuchar y sí estamos teniendo un nivel de empatía con mucha gente. El hecho de ser joven te ayuda mucho a que alguien joven te escuche y considere lo que estás diciendo. Pero nos falta trabajar en la dimensión del diálogo, hasta intercultural. Nos hemos acostumbrado a que el Perú es Lima, que la política se hace en Lima y que fuera de Lima la forma de comunicación pasa más por una impostura en relación a la cultura, a la imagen del otro: crees si te tomas una foto con un traje típico de la zona vas a generar un vínculo. Hay que hacer un esfuerzo mayor para empezar a manejar los mismos códigos o, por lo menos, para tratar de generar el vínculo. Es un esfuerzo que hay que trabajar más.

He aprendido muchas cosas y también he cambiado mucho. Era mucho más drástica en las cosas que pensaba y en las que decía. Era, no sé si dura, pero por lo menos era drástica. Pensaba que algo era de determinada forma o manera y me era muy difícil cambiarlo. Los últimos años me han enseñado mucho; desde que estoy en el Frente Amplio, en particular, el escuchar. Cuando una está en espacios de colectivo político como la universidad, se ve con más naturalidad el encontrar desavenencias, diferencias, hasta discrepancias fuertes, con quienes piensan distinto a ti. Y, tal vez, ni siquiera te preocupan tanto. Por ejemplo, en una asamblea universitaria, en San Marcos, la gente se dice de la A a la Z. El tono del debate político siempre es muy de denuncia del otro, pero al día siguiente te ves nuevamente y no hay ningún problema. Una vez que salí de la universidad, e incluso dejé de hacer política solamente con gente de colectivos políticos o feministas o de alguna otra reivindicación, y me encontré en espacios más «políticos», como el de los partidos o los colectivos de izquierda, me di cuenta de que ese al día siguiente ya no ocurría y que la gente sí guardaba cierta distancia, no sé si rencor, pero una especie de desconfianza en relación con el otro.

Es muy propio de la cultura política en la izquierda trazar la línea con el otro, no sincerarte e incluso en un espacio político mayor —como un frente— no poner por delante el objetivo compartido. Eso cuesta mucho cambiarlo. Uno puede tener un objetivo válido, en el nivel del grupo, pero el objetivo compartido, incluso en términos prácticos, es el más importante.

Pienso que he ido cambiando esas actitudes: he aprendido a escuchar al otro, a no tomar una definición acelerada o temprana de lo que piensa o de qué cosa hace a nivel político, sino a entenderlo y a sopesar también la potencia de lo que puede significar hacer cosas de forma compartida. Cuesta, la verdad, porque aunque sea indirectamente una es formada en esta lógica del grupo pequeño, de protegerse bajo tu pequeño espacio. Romper esos límites de la confianza dentro del pequeño espacio y abrirse a la posibilidad de saber que eres distinto al del costado, pero que eso no va a imposibilitar el trabajar juntos, es una de las cosas más importantes que he aprendido y espero que sea algo que en los años siguientes podamos seguir aprendiendo quienes estamos involucrándonos en la política.

Creo que en el Perú tenemos, en estos tiempos, la posibilidad de reconstruir espacios, tratar de abrir caminos nuevos. He venido pensando mucho últimamente cómo todos los partidos políticos se encuentran debilitados o en crisis o con dificultades. Un momento importante en los siguientes años va a ser cuando, por defecto, empiece a asumir gente joven, lo que no es naturalmente una garantía de una renovación o de que los espacios políticos empiecen a estar más conectados con la gente. Pero sí es una posibilidad que no hay que perder. Será el momento en que probablemente

empiecen a reconfigurarse con más fuerza los espacios de acción política que hacen falta en nuestro país de forma urgente. Si no, la política va a ser un patrimonio de un conjunto de gente, un espacio muy pequeño desde el cual solamente puede actuar gente que tiene una serie de privilegios. Si eso sigue pasando —porque ya está pasando—, vamos a seguir teniendo la sensación de que la democracia no funciona. Hay un momento particular de cambio, que tenemos que valorar para ver de qué manera aportamos a que eso sirva para que la democracia le diga algo al resto de nuestros compatriotas.